

# El Gusano

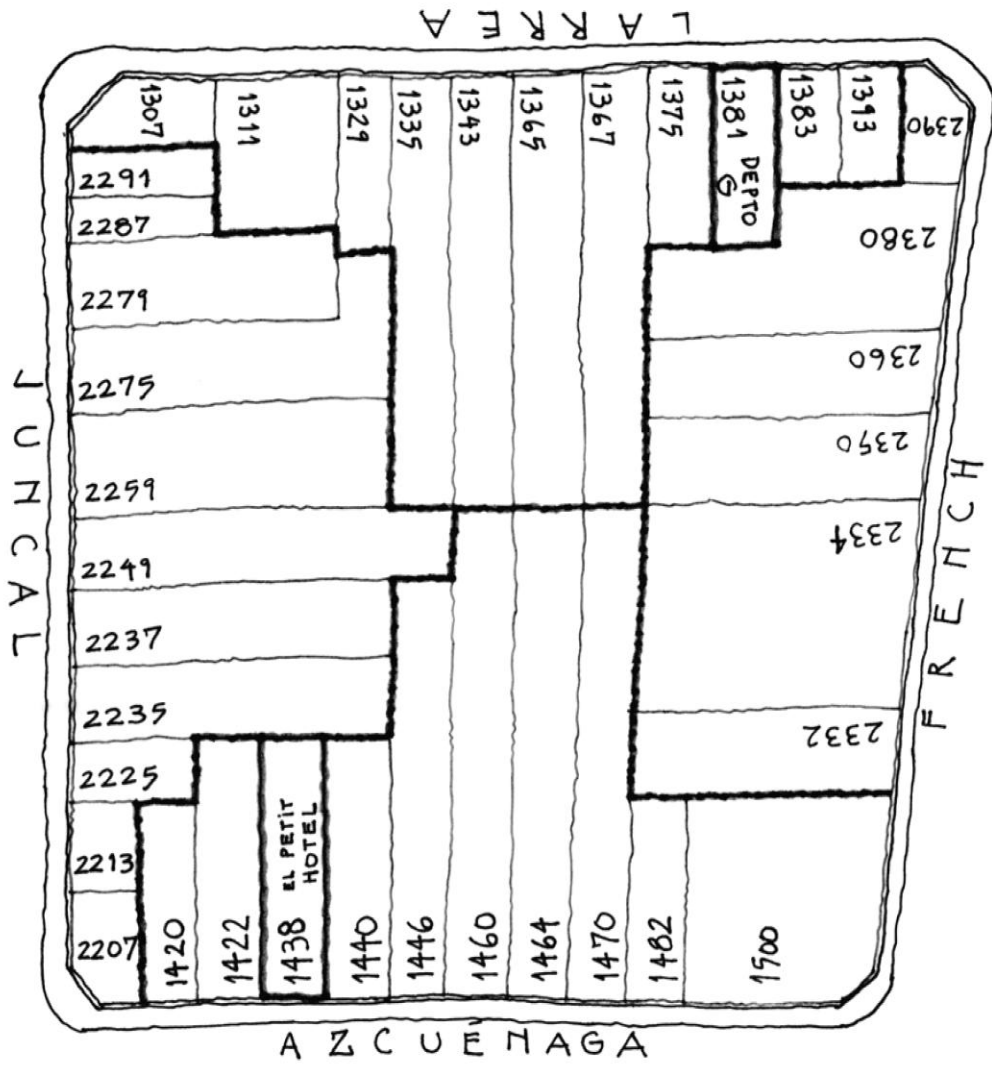
por R.P. Browne



*En la Ciudad de Buenos Aires hay aproximadamente 12.000 manzanas, que son frutos de un entramado asombrosamente regular. Se estima que viven 3 millones de personas<sup>1</sup>, las que de estar uniformemente distribuidas promediarían 250 por manzana. La densidad de población en los barrios más consolidados es, sin embargo, muchísimo mas alta y las manzanas superan con holgura el millar de almas.*

---

<sup>1</sup> **El área metropolitana supera los 10 millones.**



## 1<sup>ra</sup> Parte: **El túnel**

Cuando el señor G compró el 4C de la calle Larrea 1375, contiguo al suyo, decidió no revelarle a nadie la adquisición. No tenía razones para ello, se dijo, pero tampoco una de peso para hacerlo. La posesión de un pequeño secreto le parecía casi un juego de chicos, como ver quien aguanta más tiempo bajo el agua sin respirar o quien pestañea primero. El sabor de la picardía le sirvió para atenuar los resquemores de su conciencia conyugal que no tardaron en hacerse presentes. A fin de cuentas, razonó, bien podría anunciar la reciente inversión más adelante o incluso presentarla como regalo de aniversario a su esposa.

La verdad es que el señor G no tenía ni la más remota idea de por qué había comprado el departamento. Siendo un miembro prominente del ramo inmobiliario sabía que no estaba haciendo esta vez un gran negocio. Es más, sus años de experiencia en el mercado le desaconsejaban invertir en una propiedad que nada tenía de especial y estaba ligeramente sobrevaluada. El barrio no atravesaba auge alguno y la demanda de unidades al día se concentraba en sectores menos consolidados de la ciudad con mejor potencial en el mediano plazo. Inversamente, proyectando esta clase de especulaciones sobre sus ricos clientes había logrado incrementar el caudal de negocios en la empresa familiar que ahora le pertenecía, y, por supuesto, su propio capital.

La operación se realizó en los términos habituales para grupos de inversores anónimos, a través de una figura societaria que en este caso solo lo agrupaba a él. Y todo el papeleo que podría ser un molesto laberinto de cláusulas, firmas y

sellados para alguien corriente, fue fácilmente derivado a una secretaria y al escribano de la firma. Para éstos se trató de un expediente más en un fichero que ya contaba con numerosos folios para sociedades de fantasía que mencionaban al señor G como apoderado.

## 2

La siguiente semana le deparó a G una cantidad de compromisos laborales y sociales que le exigieron un esfuerzo superior al habitual. Su trabajo le gustaba, a pesar de no haber sentido jamás el llamado de una auténtica vocación. Los días corrientes eran para él una sucesión de eventos más o menos aburridos, o complejos y demandantes de atención, pero rara vez interesantes. Durante su labor en la oficina (a la vuelta de la manzana), sin embargo, se sentía como en su casa. En realidad esta sensación no requería explicación, esta era su casa. Ahora, con su mujer, habitaban en Larrea 1381 desde hacía varios años, pero íntimamente consideraba el petit hotel de la calle Azcuénaga 1438 su verdadero hogar. Esto era algo fuera de toda cuestión, allí se había criado con sus padres, primos y abuelos paternos; con los últimos cuando los primeros dejaron el mundo en forma tan súbita como trágica. La proximidad con esta casa determinó en G la elección del departamento para su vida de casado, desatendiendo la opinión de Clara quien hubiera preferido vivir en la calle Posadas, frente a la plazoleta San Martín de Tours (su propio barrio), entre gente de su misma posición.

La planta baja, donde funcionaba el negocio familiar era, de pibe, su lugar de juegos favorito, a pesar del desaliento (en ocasiones seguido de escarmiento) que tanto padre como abuelo se turnaban en mostrarle. Como chico no era original y volvía en forma recurrente al lugar negado. Años más tarde, trabajando con su abuelo, cayó en la cuenta de que siempre había estado allí y que siempre lo estaría de alguna forma. Este oficio era tan natural para él como lo era ordeñar una vaca para el hijo de los caseros en la estancia de Pergamino.

### 3

La rutina laboral y doméstica entibió su entusiasmo inicial por Larrea 1375. Era la época del año de los convites con canapés y el aire pesado de perfumes y humos, que acentuaba en G el hastío social que naciera en él hacía mucho tiempo. G era un tipo sociable más por educación y entrenamiento que por naturaleza. En situaciones de esta índole se movía con tanta destreza como falta de convicción: lo suficiente y un poquito más como para que sus intereses mantuvieran la inercia heredada y el negocio siguiera próspero. Interiormente tenía la fea sensación del agobio anudándosele al esternón, de a poco y sin pausa, que generalmente lo llevaba a estirar la mano hacia la copa más cercana. Su esposa Clara, por el contrario, había nacido para los eventos sociales. Los disfrutaba genuinamente. Planificaba con mucha anticipación su vestuario, peinados y demás accesorios de modo de no repetirse por espacio de meses en diferentes ocasiones. Se pasaba horas al teléfono charlando con amigas sobre eventos pasados y futuros; cada nuevo llamado era para G un preaviso de la

reunión por venir o un recordatorio de la anterior, que en esencia eran una sola, larga y espesa.

La afición magnética que tenía Clara por el aparato había sido la principal razón por la que G se había desprendido de la suya por la música. ¿Quién era capaz de disfrutar la exquisita y dinámica variedad instrumental de un Coltrane, con la certeza de cinco llamados telefónicos sucesivos impactando en los pases más sutiles?

Su iniciación en el jazz (y en la música en general) también provenía de la casa paterna, en la que las vanguardias se transformaban en clásicos a fuerza de girar en el tocadiscos. Una y otra vez, y en diferentes revoluciones, las piezas deambulaban por las habitaciones, y sus armonías y vibraciones enriquecían la vida cotidiana del petit hotel.

#### 4

Un día de Noviembre, en la semana del aniversario con Clara, G se topó con el recorte de los clasificados en el que aparecía el departamento de Larrea marcado en rojo. Lo apartó de la agenda donde lo había dejado cuando pensara aquello del regalo sorpresa; esta idea la hizo a un lado con igual facilidad. En un impulso agarró las llaves, dejó una excusa con su secretaria y fue a verlo.

Cuando dobló la esquina divisó al portero de su casa, a unos veinte metros, leyendo el diario reclinado sobre la fachada de su edificio. Hacía mucho tiempo que G lo había apodado “stercus caput”<sup>2</sup>, aunque el chiste (en préstamo del repertorio de su abuelo) ya no tenía gracia. Llevaba en el rostro la impronta de la

---

<sup>2</sup> Del latín stercus: mierda y caput: cabeza/jefe.



inoperancia, con la boca algo torcida y la barba crecida de varios días. El pelo se le caía probablemente desde los veintipico, y mantenía unos mechones desaparejos que peinaba sobre las áreas vacías con absurda obstinación. Cómo había sido designado semejante imbécil era un misterio que lo intrigaba a diario. Cada intento suyo por desbancarlo en las reuniones de consorcio había fracasado, simplemente por la antigüedad del sujeto en el trabajo. La única acción lúcida de este personaje había sido la de afiliarse al SUTERH, sindicato reconocidamente poderoso en la Capital Federal. Alguien tenía que barrer la vereda una o dos veces al día, lustrar los bronces de la puerta y pasar el escobillón por el hall de entrada. Para G las compensaciones por estas tareas, mundanas por definición, excedían en muchos casos aquellas recibidas por los propios habitantes del edificio en sus respectivos trabajos. Vacaciones extendidas, doble aguinaldo, seguro médico y, desde ya, vivienda gratis.

Cuando el encargado vio venir a G se aprestó a saludarlo con el gruñido de costumbre, fingiendo desinterés y con la vista en la sección deportes hasta que pasara a su lado. Pero cuando levantó la mirada siguiendo su cálculo corriente G ya no estaba allí, sino en el ascensor del edificio lindero subiendo hacia el 4to piso.

G entró al departamento con una mezcla de ansiedad y alegría, poco acorde con el panorama dentro: ambientes pelados, paredes desconchadas y olor rancio entrelazado con el gotear de una canilla. Solo el sol, que entraba por el ventanal del frente, atenuaba la sordidez de la escena. La ansiedad comenzó a ceder dentro de G, y su alegría se acrecentó. Recorrió el estar, ambos dormitorios y el

baño, abrió placares, botiquín y alacenas, inspeccionó la cocina y el cuarto de servicio. Asomándose por el ventanuco de éste vio un paisaje familiar hacia el pulmón de la manzana. Lo inquietaron las leves diferencias; la higuera de aquella planta baja parecía estar menos torcida desde aquí, aquel tendedero se hacía más visible, el jardín de invierno del vecino presentaba un ángulo diferente. Se tranquilizó pensando:

- “Obvio, si estoy en otro departamento”, y ahí mismo sus ideas comenzaron a aclararse. Dio media vuelta y observó una pared manchada por la humedad donde se ubicaba el camastro de la empleada (que el propietario anterior no se había tomado el trabajo de retirar). G raspó con su dedo la superficie del muro, espolvoreando el viejo colchón con pequeñísimos escombros. Se preguntó sobre la procedencia de la humedad y llegó a la conclusión de que la causa estaba al otro lado de la medianera...en su propia casa.

- “Se está haciendo tarde”- se dijo yendo hacia la puerta.

## 5

Con el caminar de los días su pensamiento volvió una y otra vez al cuartito de al lado, a la humedad en la pared, a los resortes del camastro, al sol del ventanal. El sábado desayunó (como era habitual) en la cocina de su casa, tras entregarle la sección espectáculos a Clara. Con la excusa de una camisa fue a las dependencias, donde el antiguo cuarto de servicio se usaba ahora para planchado y depósito de cachibaches. Entró al bañito contiguo y sintió el olor a moho incluso antes de encender la luz. Normalmente su atención se hubiera

posado en otros detalles, como el color de los azulejos o su reflejo en el botiquín; ahora, en cambio, buscaba deliberadamente la fuente de humedad en la pared de al lado. No le fue difícil detectar el fino hilo de agua que bajaba por la superficie azulejada desde el grifo hasta perderse en la rejilla del piso. Volvió a la cocina y le anunció a su esposa:

- “Clara, voy refaccionar el sector de servicio para mis hobbies.”
- “¿Qué hobbies?- preguntó Clara- “¡Vos no tenés hobbies!”
- “Claro que sí: armo barcos y aviones de madera balsa.”
- “¿Desde cuándo? No sabía, nunca me contaste.”
- “De chico los hacía y quiero volver a hacerlos. Estoy saturado con el trabajo, necesito hacer algo más que ver televisión y escucharte hablar por teléfono.”- dijo G con asertividad.
- “Ay, bueno, no te pongas así.”- Su esposa jamás pisaba esa parte de la casa- “Si querés hacelo, ¿pero dónde metemos la tabla de planchar y todas las cosas del cuartito?”
- “Que Leonila planche en la cocina; ya es hora de tirar todas esas porquerías o regalarlas...y sino irán a la baulera. Voy a llamar al plomero a primera hora el lunes, hay una pérdida en la canilla del bañito y necesito el lavatorio para probar los barcos.”- A G lo conformó el argumento de este primer embuste.
- “Llamó Teresa, el jueves nos vamos unos días a Pergamino. La pobre necesita una mano con su separación, alguien que la escuche

¿viste?”- dijo Clara, que había de hecho aceptado el cambio prácticamente sin oposición.

- “Perfecto, voy a ver si el albañil, que digo, el plomero puede venir ese día. Yo me encargo de los trastos.”
- “La familia de Teresa está horrorizada. ¡Imagínate el escándalo si la gente se entera!. Ya lo sabe medio mundo igual...ay Teresita, lo tendrías que haber pensado mejor antes de dar el sí.”- Clara continuó enumerando sin orden aparente las probables implicancias sociales que conllevaría la ruptura de su amiga.

G no esperó hasta el lunes; presa de un entusiasmo inusual consultó su agenda, en el índice ubicó al plomero y también al albañil. Los llamó cuando Clara entró en la ducha.

## 6

El trabajo quedó terminado el viernes, pero tras la apertura del boquete G debió esperar otros dos días a que el material del vano secara. Además tuvo que duplicar el jornal del albañil por hacerlo venir el domingo a terminar la tarea de yeso. Por supuesto, a éste no se le ocurrió pensar que el vacío comunicaba dos departamentos contiguos, aunque sí le llamó la atención el espesor del muro. G le explicó: - “Ya no se construye así, con esta calidad...”

Haciendo apenas a tiempo antes que Clara volviera, cubrió la abertura con una estantería comprada en el mercado de las pulgas el día anterior junto con una mesa de trabajo, y en las repisas colocó al azar los materiales de su apócrifo

hobby de la infancia. Este había sido el último paso en la sucesión de actividades de los últimos cuatro días, tras indicarle a Juana (hermana del plomero) cada rincón afectado de polvillo y supervisar su esmero en la tarea de limpieza.

El nuevo “taller de hobbies” no despertó en su esposa ni un tercio del entusiasmo que el drama de su amiga Teresa, el cual no paraba de referir. G la escuchó de la manera acostumbrada aunque fingiendo mayor atención.

Su hobby comenzó esa misma noche. Clara había vuelto muy cansada de la estancia, y aunque en él también se manifestaban síntomas parecidos por la acumulación de esfuerzos en los días pasados, comprendió que este momento era el propicio.

Cerró la puerta del taller, la aseguró con llave, encendió la radio y subió el volumen. Tras unos minutos llenos de ansiedad corrió la estantería y con determinación penetró en su nuevo mundo, aún en sombras. A tientas atravesó el cuartito y en la cocina levantó la llave térmica. Se iluminaron algunos sectores del departamento y también de su mente. Era como si una voz interior comenzara a hablarle sugiriéndole cambios, cosas para hacer. Qué clase de actividades, no hubiera podido entonces definir.

-“Habrá que descubrirlas sobre la marcha”- se dijo.

Por lo pronto haría del departamento un lugar digno, decente; estas palabras no alcanzaban. Lo haría a la medida de su antojo.

Cuando volvió a su casa, Clara dormía. ¿Cuánto tiempo había pasado al otro lado? ¿Media hora, cuarenta minutos? El reloj de la cocina le indicó dos horas y monedas. -“El tiempo”- reflexionó- “pasa volando cuando uno está entretenido”.

## 7

En los siguientes días la rutina comenzó a consolidarse; tras la jornada de trabajo y obligaciones cotidianas, G se dirigía al taller de hobbies. Se cuidó de no abusar de las ausencias al otro lado de la pared, en particular durante esas horas intermedias terminada la cena y el momento de acostarse. Clara notó un cambio positivo en el ánimo de su marido, probablemente porque sus conversaciones telefónicas no sufrían ahora de interrupciones con la misma frecuencia. Y lo celebró.

Detrás de la estantería, que G abisagró a la pared, el nuevo mundo comenzó a recibir las pequeñas adquisiciones que efectuaba al fin de cada día: utensillos, discos, y provisiones. Estas cosas hasta sobraban al otro lado, pero para su instinto representaban la conquista del nuevo espacio, centímetro a centímetro. De a poco G empezó a sentirlo un lugar propio; sin embargo el lugar no sería enteramente suyo hasta no verse a si mismo, allí, en compañía de otra persona. Pero, ¿quién? Desde ya nadie de su círculo social, tampoco profesional. No tenía ahora la más mínima intención de, así como así, dar a conocer su secreto. Tal vez el proveedor de algún servicio, aunque de momento no requería ninguno; tampoco le parecía adecuado. Finalmente se decidió por la furtiva presencia de una prostituta, una vez que todos los recaudos hubieran sido

tomados y la ducha funcionara correctamente. Sin duda la idea surgía desde el arrebató emocional que lo envolvía; por más que en esencia no se apartaba de lo que podría proporcionarle un bulín tradicional al porteño acomodado.

## 8

En una de sus estadas nocturnas en el 1375 repasó los clasificados del día y eligió “aaaa *Infartante paraguayita medidas 95-60-90*” y un número de teléfono a continuación. Presto a llamar se dio cuenta que aún no había conectado aparato alguno a la línea. Lo fastidió su imprevisión; también la molestia y los riesgos de retornar al departamento conyugal. Debería traer un teléfono desde “allá” sin ser advertido, además enfrentar alguna reprimenda moral de su propio ser-esposo. Pero el impulso se impuso y en una rápida acción sustrajo el de la cocina; volviendo, en sombras y evitando ruidos, a su madriguera.

Poco faltó para errar en la dirección que indicó por teléfono citando de memoria la del departamento con Clara.

Los siguientes 45 minutos fueron de los más tensos que jamás recordaría: yendo y viniendo de un lado a otro del 4toC, masticando los resabios de sus votos matrimoniales y los acalorados pensamientos de la lujuria inminente. No sería su primera vez con una prostituta, ni siquiera desde que estaba casado. Había sido de los primeros en su grupo de amigos en contraer matrimonio, y los posteriores enlaces habían estado siempre precedidos por tradicionales despedidas de soltero. Estas fiestas habían ido escalando desde un simple strip-tease (como en la suya) hasta un no tan lejano “vale todo” con tres morenas y una rubia, previa